

# Cine y salud

## Emociones saludables en el cine con *Pequeña Miss Sunshine*

Para contactar:

Carlos Moreno Gómez  
carlosmoreno99.g@gmail.com

Autor:

Carlos Moreno Gómez. Profesor del IES Miguel Servet de Zaragoza. Miembro del equipo del programa «Cine y salud», una iniciativa de la Dirección General de Salud Pública y la Dirección General de Política Educativa del Gobierno de Aragón, que tiene por objeto tratar desde el cine la promoción de la salud y la prevención de los problemas de salud más relevantes en la adolescencia, fomentar la mirada crítica, la creatividad y la responsabilidad personal (<http://www.cineysalud.com/>).

Hay películas que nos dejan indiferentes o nos hacen pasar un buen rato por sus diálogos divertidos, su música, su fotografía, etc. Sin embargo, como buenos espectadores, sospechamos que algunas de las historias cinematográficas encierran mayor profundidad de la que aparentemente percibimos. Un ejemplo lo tenemos en *Pequeña Miss Sunshine* (Jonathan Dayton y Valerie Faris, 2006), que pone en imágenes un guión de Michael Arndt y nos permite ahondar en las relaciones y emociones humanas que actúan como catalizadores de nuestra existencia y, por tanto, influyen de manera determinante en nuestro estado de salud.

El film nos cuenta la historia de los Hoover, una familia peculiar que se dirige de forma irremediable hacia el fracaso. Richard, el padre, es un conferenciante entusiasta que trata de vender sin suerte su programa de nueve pasos hacia el éxito. La madre, Sheryl, es un ama de casa conciliadora que está agobiada por su propia familia y muy preocupada por su hermano Frank, un profesor homosexual especialista en Marcel Proust, que acaba de salir del hospital a causa de un intento de suicidio tras haber sido abandonado por su amante. Dwayne tiene quince años y es el hijo mayor, lee a Nietzsche, ha hecho voto de silencio porque odia a todo el mundo y desea entrar en la Academia de las Fuerzas Aéreas. Olive es la hija, tiene unos siete años, es algo gordita y miope y sueña con ganar un concurso de belleza, por eso se prepara a conciencia con la ayuda de su abuelo Edwin, que también vive con ellos desde que fue expulsado de la residencia en la que estaba por esnifar heroína; muy aficionado al sexo, se expresa de forma grosera y siente predilección por su nieta.

Olive, por una afortunada casualidad, es invitada a participar en el competitivo concurso de *Pequeña Miss Sunshine* en Redondo Beach (en el sur de California, junto a Los Ángeles). Toda la familia le acompañará en ese viaje des-

de Albuquerque (Nuevo México) en su furgoneta, en un surrealista y tragicómico viaje de dos días hasta llegar a la competición en la que Olive exhibe sus cualidades y desencadena en su familia reacciones insospechadas.

Lejos de la identificación con los superhéroes de ficción, con frecuencia los espectadores nos sentimos cómodos cuando contemplamos a unos personajes fracasados e imperfectos en los que nos vemos reflejados. Los adoptamos como propios porque son reales, creíbles y entrañables. Además, nuestra naturaleza es tan perversa que parece que nos alegramos de las desgracias ajenas y la hilaridad viene asociada con los contratiempos y con las rupturas de la norma social.

Los Hoover comienzan siendo una pandilla impresentable, cada uno en su mundo, cada uno con su angustia, y lo peor: con un miedo al fracaso que estremece. El propio Dwayne sintetiza la cruel realidad familiar cuando recupera el habla después de nueve meses: «¡Yo no quiero ser de esta familia! ¡Os odio a todos! ¡Mierda! ¡Os odio! Divorcio, bancarrota, suicidio, etc. ¡Sois unos putos fracasados, unos fracasados!».

Hacer juntos un viaje les ofrece una oportunidad de redención que no desaprovechan, porque al final Richard planta cara a su fracaso encontrando al manipulador Stan Grossman y toma la decisión de llevarse al abuelo, ya cadáver, hasta Redondo Beach. Sheryl confiesa su amor a la familia, Dwayne se disculpa por lo que ha gritado sobre su familia y les acompaña; Frank participa activamente con la familia, corre para hacer la inscripción de su sobrina en el concurso de belleza y reflexiona en el muelle con Dwayne sobre la necesidad de extraer aspectos positivos de los fracasos.

La relación y la comunicación se convierten en elementos básicos que mitigan el fracaso,

ALGUNAS DE  
LAS HISTORIAS  
CINEMATOGRAFICAS  
ENCIERRAN MAYOR  
PROFUNDIDAD  
DE LA QUE APARENTEMENTE  
PERCIBIMOS

depuran los defectos y nos acercan hacia el otro, hacia su cuidado. Curiosamente, en esta sociedad en la que parecen triunfar algunos analfabetos por el hecho de ser «famosos», vemos que el éxito no es garantía de felicidad y, sorprendentemente, el fracaso puede provocarla. Los Hoover lo saben bien. Quizá pueda parecernos un final excesivamente dulce, pero, de todos los finales que se rodaron, es el más creíble, con esa subida final en la furgoneta de uno en uno, que asemeja al saludo de los actores al finalizar una función teatral y nos recuerda que esto no ha sido más que una representación.

Comienza la película con un plano corto de los ojos de Olive fijos en la pantalla gigante del televisor, revisando una y otra vez los gestos de Miss América cuando proclaman su victoria en el concurso (son imágenes de un concurso real). Nuestra protagonista también desea ser una miss; es su sueño. Es bueno tener sueños, aspiraciones, intentarlo, pero todavía es mejor aprender si no se consigue el objetivo. Olive acepta el fracaso, no es más diferente que los miembros de su familia (y que cualquier mortal), pero ha experimentado el apoyo y el afecto de los demás, y ello hace que relegue sus deseos a un segundo plano. Los concursos de belleza infantiles contribuyen a la fijación de una autoimagen distorsionada de la realidad. Dayton y Faris afirman no tener una intención crítica explícita sobre los concursos en su película, quieren que sea el espectador quien saque sus conclusiones, pero es evidente que la mera presentación de esas muñecas de metro y pico adiestradas por sus madres principalmente habla por sí misma. O bien podemos recordar lo que dice Dwayne al final de la cinta con acento metafórico: «A la mierda estos concursos. La vida es un puto concurso de belleza detrás de otro».

La belleza y la delgadez aparecen asociadas al éxito, Richard se lo recuerda a su hija en el bar de carretera: «Si te atiborras de helados puedes engordar, y si no los comes, serás guapa y delgada, cielo». Sheryl interviene con rapidez para neutralizar la afirmación de su marido: «Quiero que sepas que no pasa nada si eres delgada y si eres gorda tampoco pasa nada, si eso es lo que tú quieres ser». En realidad, este diálogo viene a ser una réplica del que mantuvieron en casa sobre el intento de suicidio de Frank; en aquel es la madre la que informa, con la oposición del padre, aquí es al revés subrayando el conflicto entre la pareja que no hace



sino confundir a Olive («¿Por qué os enfadáis todos?»), que cuenta, como siempre, con el apoyo incondicional de su abuelo: «A mí me gustan las mujeres con carne».

Cuando todos quieren impedir la participación de Olive en el concurso para que no haga el ridículo, Sheryl interviene en un alarde de lucidez y empatía: «Olive es como es. Se ha estado esforzando, lo ha dado todo por esto. No podemos quitarle esta oportunidad». Sin duda es consciente del presumible fracaso, pero es necesario que tenga su oportunidad porque necesita intentar ese sueño en el que tanto había colaborado su abuelo desaparecido y también porque es la culminación del esfuerzo colectivo de toda la familia que la quiere, la apoya y la cuida de manera incondicional: «Si no quieres hacerlo, tú tranquila. Si quieres dejarlo aquí, nosotros estaremos orgullosos igualmente», añade la madre finalmente. Este mensaje es captado por toda la familia cuando ven a Olive sobre el escenario y, uno a uno, suben para acompañarla en el baile, incluso «para darles una lección», como afirma Richard ahora ante un número de espectadores mayor de los que tiene en su conferencia inicial sobre el éxito. Es la danza de los fracasados, la desmitificación de los triunfadores, el final de la odisea, la marcha verde del sentido común que reivindica que este mundo no es solo para los más guapos o famosos, sino que la felicidad la encontramos en la propia vulnerabilidad, en las relaciones con los demás, en los afectos y emociones que experimentamos cuando dejamos de mirarnos en el espejo constantemente. Parece que solo es posible permanecer indiferente ante la historia de Miss Sunshine si la vida nos ha tratado muy bien y jamás hemos fracasado.

ESTE MUNDO NO ES SOLO PARA LOS MÁS GUAPOS O FAMOSOS, SINO QUE LA FELICIDAD LA ENCONTRAMOS EN LA PROPIA VULNERABILIDAD